

**JOYCE CAROL
OATES**

VIOLACIÓN
UNA HISTORIA
DE AMOR

Traducción de Santiago Roncagliolo



Teena Maguire nunca debió tomar aquel atajo del parque para volver a casa un cuatro de julio. No después de la medianoche. No con el atuendo que llevaba: camiseta de tirantes, pantalones cortos y sandalias de tacón alto. No con Bethie, su hija de doce años. No con manadas de jovencitos desbocados por las hormonas, la rabia, el alcohol y la estupidez. Víctima de una violación colectiva, dejada por muerta en un inmundo cobertizo, esa mujer antes tan vital y animosa ahora solo puede lamentar haber sobrevivido. Mediante una prosa envolvente, a un ritmo implacable e hipnótico marcado por penosos gritos al amanecer y murmullos de pavor cuando cae la tarde, Joyce Carol Oates despliega con sobria maestría la historia de las víctimas, los victimarios y el inesperado paladín de una justicia taciturna pero inexorable, un hombre que conoce el significado de la decencia y la amistad (o tal vez, del amor).

PRIMERA PARTE

SE VEÍA VENIR

Después de ser violada en cuadrilla, golpeada, pateada y abandonada a su suerte en un mugriento cobertizo de Rocky Point Park. Después de ser arrastrada hasta ese cobertizo por los cinco borrachos (salvo que fueran seis o siete) mientras su hija de doce años gritaba: *¡Dejadnos! ¡No nos hagáis daño! ¡Por favor no lo hagáis!* Después de que esos tipos la acosaran como una jauría en pos de su presa. Después de torcerse el tobillo y perder sus sandalias de tacón alto en el sendero de la laguna. Después de suplicarles que al menos dejaran ir a su hija y escuchar la respuesta de sus carcajadas. Después de decidir, sabe Dios por qué, cruzar Rocky Point Park en vez de tomar el camino que lo rodeaba para volver a casa, al adosado de alquiler que compartía con su hija en la calle Nueve, no lejos de la casa que su madre tenía en la avenida Baltic. La calle Nueve estaba iluminada y transitada incluso a esas horas. El parque estaba casi desierto a esas horas. Atravesarlo bordeando la laguna por aquel sendero lleno de maleza les ahorraría tal vez diez minutos de camino. O quizá le pareció lo más agradable ir por el parque con la luna brillando sobre el agua, aunque el agua fuera verdosa y estuviera salpicada de latas, envoltorios y colillas. Solo una decisión, apenas un segundo de tu vida entera y tu vida ha cambiado para siempre. Junto a la laguna, entre la vieja depuradora cubierta de grafitis desde hacía años y el cobertizo para barcas destrozado por el vandalismo de los muchachos. Podría incluso haberles sonreído al reconocer sus caras. Era Cuatro de Julio: fuegos artificiales en las cataratas, petardos, bocinas, silbatos, partido escolar de béisbol, ambiente de fiesta. Sí, podría haberles sonreído, de modo que se lo estaba buscando. Aunque hubiera sido la sonrisita nerviosa que uno le dedica a un perro

que gruñe, ella sonrió, esa sonrisa carmín de Teena Maguire, esa melena suya. Se veía venir, se lo estaba buscando. Los muchachos llevaban horas vagando por el parque en busca de bronca. En busca de diversión. Bebiendo cerveza y arrojando las latas a la laguna. Tirando petardos a los coches, a los perros, a los cisnes, a los gansos y patos que dormían con las cabezas escondidas entre las alas. Hostias, cómo molan los pájaros asustados, graznando como si los despellejasen y sacudiendo las alas para largarse pitando, incluso los más gordos. El partido de la liga escolar de Niágara Falls se había prolongado más de lo previsto, pero ahora las luces del campo estaban apagadas, las gradas vacías, la multitud había partido. Excepto esas pandillas. Los menores eran apenas unos críos, los mayores rondaban los treinta años. Chicos del barrio que Teena Maguire conocía, si no de nombre al menos de apellido, como los muchachos a ella, aunque fuese un poco mayor. *¿Qué pasa, guarrilla? ¿A dónde vas tan aprisa? ¡Qué buena estás!* Después de sonreírles sin aflojar el paso. Después de tomar del brazo a su hija, como si fuese una niña y no una chica de doce años. *¡Venga, tía, enséñanos esas tetitas! ¿Oyeoyeoye adónde coño crees que vas?* Después de meterse en la boca del lobo por su propio pie. Después de flirtear con ellos, de provocarlos. Un disparate. Tenía que estar borracha. Y vestida como iba. Como solía vestir, especialmente las noches de verano. De fiesta en la calle Depew, juega que rebosa en las calles con el *rock* a todo trapo. Esa clase de conducta; se veía venir. *¿Dónde está su marido? ¿No tiene un marido? ¿Qué hacía a medianoche y con su hija de doce años en Rocky Point? ¿Poner en peligro la seguridad de una menor? ¿Poner en peligro la moral de una menor? ¿Sabéis lo que os digo? A lo mejor Teena Maguire se quedó a tomar unas birras con esos tíos. O a fumar un porro. Tal vez ofreció algún servicio a cambio de un pago en metálico o en costo. Una mujer de treinta y cinco años vestida como una adolescente. Escote generoso, vaqueros cortados, pelo*

rubio cayéndole por la cara, piernas desnudas, sandalias de tacón alto. ¿Qué esperaba con toda esa ropa ajustada ofreciendo en bandeja sus pechos y su trasero? Medianoche del Cuatro de Julio. Aunque los fuegos artificiales terminaron a las once, la fiesta continúa por toda la ciudad. ¿Cuánta cerveza se consume esa noche en Niágara Falls? Creedme: mucha. ¡Más o menos tanta como el agua que se precipita por la Cascada de la Herradura durante todo un minuto! Y ahí está Teena Maguire caminando borracha, como pueden confirmar varios testigos. Uno de sus amiguitos, un tío llamado Casey, había montado una fiesta alcohólica en su casa de Depew. Horas de música cutre: Ricky Skaggs, Kentucky Thunder, *bluegrass* a todo trapo. Los vecinos no paraban de quejarse. Este Casey es soldador en las tuberías del Niágara. Está casado y tiene cuatro hijos, pero se ha separado, a lo mejor por culpa de Teena. ¡Menuda tía! ¿Qué clase de mujer llevaría a su hijita a una fiesta de borrachos y luego la haría atravesar el parque? ¿Qué mala cabeza! Tuvo suerte de que no le ocurriese algo peor, ni a ella ni a la niña. Imaginad que hubiese topado con una banda de negros, negretas enfarlopados, habría sido mucho más grave. Debía de estar borracha, ciega de coca también ella, llevaba de fiesta desde la tarde, os podéis figurar el estado en que llegó a la medianoche. Y después de todo eso, ¿cómo demonios podía reconocer a quienes fornicaron con ella? ¿O saber siquiera cuántos eran?

Esas son algunas de las cosas que dijeron sobre tu madre, Teena Maguire, después de que fuese violada en cuadrilla, golpeada, pateada y abandonada a su suerte en un mugriento cobertizo de Rocky Point Park en los primeros minutos del 5 de julio de 1996.

POLI NOVATO: 1994

No era tan joven. No parecía joven ni se comportaba como un joven, la mayoría de las veces ni siquiera se sentía joven. Pero era un novato. Un puto novato de casi treinta años recién graduado en la Academia de Policía.

¡Y un tío como él en uniforme! Carecía del temperamento necesario para llevar uniforme. Carecía del temperamento necesario para obedecer órdenes, saludar o escuchar con atención a esas personas que se hacían llamar sus superiores. (¿Sus superiores? ¡Qué estupidez!). Había tenido problemas con la autoridad desde la primaria. Estaba acostumbrado a huir de la jerarquía y hacer las cosas a su manera. Era huraño y astuto, como un mono que esconde su un juguete.

Le gustaba, sin embargo, la idea de justicia. Le gustaba poner-las-cosas-en-su-lugar, abstracciones como la ley, la dignidad, el coraje en acto de servicio, el ojo por ojo y el diente por diente.

La bandera de los Estados Unidos lo conmovía de cuando en cuando, pero no cuando colgaba flácidamente del mástil, sino cuando soplaban un poco de viento, no demasiado, una brisa decente que resaltara sus tres colores como destellos rojos, azules y blancos flameando bajo el sol. Alguna vez, al saludar a la bandera, lágrimas de emoción habían acudido a sus ojos.

También le gustaban las armas. Ahora que era policía llevaba una al cinto. Le gustaba sentirla colgar, como una prolongación de su cuerpo, y percibir las miradas ajenas deslizándose hacia ella con respeto.

Aparte del revólver que tenía asignado con su placa y su uniforme, coleccionaba armas de fuego. Nada del otro mundo porque no tenía mucho dinero. Un poli con sagaces

ojos bien abiertos, sabía que había dinero disponible, distintas fuentes de dinero, si no ahora, más adelante. Estaba atento a esas fuentes. Pero de momento, sus compras eran modestas. Le gustaban las armas cortas y los rifles. No tenía (aún) mucha experiencia con escopetas, así que no entraba en ese tema. (En su familia no había cazadores. Todos eran animales de ciudad: obreros, estibadores, camioneros. Dublín en los años treinta, Buffalo/Lackawanna en los cuarenta. Apenas los veía, y le daba igual).

Las armas lo emocionaban. Eran una agradable sensación. Le aceleraban el pulso hasta que podía oírlo latir. A veces hasta le producían una punzada en la ingle. Si había alguna razón para ello, no le interesaba conocerla. No le interesaba examinar sus pensamientos o sus motivaciones. Cada mañana se enfrentaba al espejo sabiendo de antemano qué debía hacer: cepillarse los dientes, afeitarse, practicar una sonrisa rápida que ocultase su colmillo torcido. Pero tampoco era especialmente vanidoso. Pedía siempre el mismo corte de pelo: rasurado atrás y a los lados, y por lo demás tan corto que en vez de una cabellera parecía un reluciente alambre de púas.

Tampoco era totalmente cierto que no se sintiese joven. Se sentía muy bien con un arma en la mano. Limpiándola. Cargándola. Apuntando con ella. Disparándola (en el campo de tiro) sin vacilar por el ruido o el culatazo. Determinando pausadamente si había dado en el blanco (cabeza, corazón) o por cuánto había fallado. Repitiendo el intento.

Lo bueno de las armas es que uno solo puede mejorar con ellas. Es una cuestión de disciplina y progreso. En la escuela siempre se había sentido inseguro de su nivel. A veces acertaba y los profesores lo elogiaban (lo elogiaban siempre que podían, nerviosos ante ese niño alto, enjuto y viperino con cara de mala leche y labios inhabilitados para la sonrisa), a veces no daba pie con bola. No había opciones intermedias. Con los libros se sentía incómodo y moles-

to: todas esas palabras, todos esos números. Como piedras embutidas en la boca: una de más puede asfixiarte.

Pero las armas... Un arma es diferente. Cuanto más la usas, más diestro te vuelves. Y el arma también se encariña contigo.

El de policía no era su primer uniforme. Al terminar la escuela se había enrolado en el ejército. Allí le habían enseñado a disparar. Casi había llegado a francotirador de élite. Pero no era tan bueno; porque aquellos tipos eran muy buenos, formidables. Y admitía que tal vez era mejor así.

Buen trabajo ese. Matar.

Lo habían enviado al Golfo Pérsico para la Operación Escudo del Desierto, que luego se convirtió en Tormenta en el Desierto. Apenas habían transcurrido unos años desde entonces, pero parecía más tiempo.

Tu la vida de su país, que pasaba las páginas con gran rapidez, la Guerra del Golfo estaba casi olvidada. Y él tampoco miraba atrás. No era hombre de lamentos. Lo que pasa, pasa. Había regresado a su país con una medalla al valor y un bronceado rojizo permanente, como una piel de lagarto en las zonas expuestas de su cuerpo. Sus ojos se habían vuelto más claros que su rostro, «ojos de fantasma» los llamó alguna mujer, trémula bajo el tacto de sus manos. En el desierto de Irak había intervenido en la eliminación de un número impreciso de seres humanos designados como enemigos, objetivos. Soldados iraquíes de su misma edad o más jóvenes. Algunos mucho más jóvenes. Sus muertes no eran visibles individualmente. Tras cada explosión dejaban en el aire un olor a carne quemada que el viento le metía por la nariz al respirar. A las pocas personas con quienes hablaba de estas cosas les había dicho que lo peor de la Guerra del Golfo eran las pulgas de arena. En realidad, lo peor fue la diarrea. Y la fantasmagórica mañana en que vio a su propia alma abandonándolo para morir como una lombriz en la arena ardiente.

Al principio la echó de menos. Luego la olvidó.

De vuelta en EEUU se casó con su vieja novia de la secundaria y se metió a poli. No tenía grandes ambiciones profesionales, pero se había planteado ciertas metas. La policía civil era para él una rama de las fuerzas armadas que imitaba todas sus necesidades jerárquicas, lo cual, a grandes rasgos, le parecía bien. Respetaba a la autoridad cuando la autoridad merecía respeto. Capitanes, tenientes, sargentos y detectives lo apreciaban. Confiaban en él. Era un poli de la vieja escuela e imponía respeto en uniforme. Le sorprendió descubrir que la mayoría de sus compañeros del departamento nunca habían llegado a disparar contra blancos humanos, menos aún a matarlos, y ni hablar de disfrutar con ello. Y aunque no le contaba a nadie su experiencia en el Golfo Pérsico (no solía hablar de sí mismo), el aire de aquella guerra lo envolvía.

Aun así, su primer compañero de patrulla, un guardia cuarentón y panzudo que no había ascendido en dieciocho años, pidió que le asignasen otra pareja después de tres semanas juntos:

—No pasa nada con Dromoor —explicó—. Es listo, es un poli nato. Pero es demasiado callado. No habla, y eso te hace hablar demasiado. Y como tampoco responde, tienes que callarte y empiezas a pensar demasiado. Eso no es bueno.

Al principio, tuvo mala suerte en el departamento de policía de Niágara Falls. Pero las cosas se fueron arreglando poco a poco.

Por supuesto, le dolió (más aún, lo enfureció) que su primer compañero lo abandonase. Y el segundo, un tipo más o menos de su edad, tampoco le duró mucho. No por culpa de Dromoor. Fue solo mala suerte.

Ocurrió una de esas noches bochornosas de agosto. Dromoor llevaba siete semanas en el cuerpo. Conducía el coche cuando recibieron un aviso de violencia doméstica. Se dirigieron a un *bungalow* del Este. El humo de las indus-

trias químicas les irritaba los ojos y las vías respiratorias. Bajaron del patrullero en el momento en que un individuo blanco de entre treinta y cuarenta años arrancaba una herrumbrosa furgoneta Ford. Su compañero, J. J., propuso seguir a la furgoneta. Un grupo de apoyo revisaría el chalé. La persecución duró ocho minutos y alcanzó velocidades de cien km/h por las angostas y agujereadas calles de la zona menos turística de Niágara Falls. Hasta que la furgoneta derrapó y chocó contra varios vehículos aparcados. El conductor se estrelló contra el parabrisas y cayó sobre el volante. Debía de estar inconsciente, tal vez muerto. El parabrisas estaba destrozado. Nada se movía en el interior del automóvil. J. J. y Dromoor se acercaron con las armas en alto. J. J. estaba nervioso. Dromoor intuyó que era una experiencia nueva para él. J. J. le ordenó al conductor que retirase las manos del volante y las mantuviese a la vista sin salir de la furgoneta. El hombre no reaccionó. Parecía sangrar por una herida en la cabeza. Y sin embargo hizo lo que hizo. Después Dromoor repasaría el incidente una y otra vez para tratar de comprender cómo el conductor se agachó, cogió un revólver del 45 y abrió fuego contra J. J. a través de la ventanilla. De repente, J. J. yacía en el suelo con una bala en el pecho. Dromoor, medio metro detrás de él, recibió otra en el hombro izquierdo y sintió un ¡*crack!* Un impacto indoloro e instantáneo, sin más efecto que un golpe, como si le hubiesen dado con un mazo. Dromoor se hincó de rodillas. El conductor bajó de la furgoneta acomodándose para disparar de nuevo. Pero Dromoor se adelantó. Abrió fuego desde abajo, en un ángulo incómodo. Aun así, los tres balazos le dieron al atacante en la cabeza.

Esa fue la primera muerte causada por John Dromoor en nombre del departamento de policía de Niágara Falls. No sería la última.

EL AMIGO

La mayoría de la gente que conoces no te causa mucha impresión. Pero otros dejan huella. Aunque no te los vuelvas a encontrar. Aunque el destino no te los devuelva.

Ella lo reconoció de la televisión y los diarios. Reconoció su rostro, porque no recordaba su nombre. Solo sabía que era un nombre raro que ella había murmurado sonriendo: «Dromoor».

Los presentaron en el bar La Herradura, poco después de que Dromoor recibiese un premio al valor en una ceremonia pública que había salido en la prensa. Dromoor le había salvado la vida a un compañero en un tiroteo, y aunque ese tipo de cosas eran frecuentes en la gran ciudad de Buffalo, en Niágara Falls, su despoblada vecina, eran lo suficientemente inusuales para atraer la atención de los medios. Y sin embargo Dromoor no presumía de valiente. Apenas hablaba de eso, no tanto por modestia como por indiferencia ante la opinión de los demás sobre él o sobre cualquier otra cosa. Cuando Teena lo felicitó por el premio, él respondió sin asomo de ironía:

—Eso fue hace mucho, en agosto.

Estaban a mediados de septiembre.

En sus buenos tiempos, La Herradura había sido un reluciente y ostentoso restaurante de lujo, pero las recesiones económicas del agónico siglo XX lo habían ido convirtiendo en una taberna de barrio especialmente popular entre policías y funcionarios judiciales. Martine Maguire (Teena para los amigos) solía ir. Muchos de los parroquianos conocían a su hija y habían sido amigos de su difunto esposo, Ross Maguire, un trabajador de la Goodyear fallecido años antes tras la vertiginosa metástasis de un melanoma. Varios parroquianos de La Herradura habían salido con Teena, quizá al-

guno se había liado con ella, pero nadie le guardaba rencor por nada. En general, la apreciaban. Era coqueta sin ser agresiva, y se llevaba bien con hombres y mujeres por igual, mujeres sin pareja, como ella, que se dejaban caer por La Herradura los viernes después del trabajo.

Esa tarde, el azar quiso que se topase con Dromoor. Era nuevo en el cuerpo de policía y en la ciudad. Más adelante, él recordaría que apenas le habló, pero la escuchó largamente. Dio la impresión de conmoverse al verla tan joven y ya viuda. Tenía que criar sola a una hija. Dromoor le ofreció una copa y ella se negó. Él no insistió, pero se quedaron juntos en la barra. Nadie allí les interesaba tanto como se interesaban el uno al otro. Él bebía cerveza. Negra, de barril. Tenía los ojos más claros que el rostro, que parecía una máscara de arcilla. Al final de la tarde, antes de irse, ella le dijo que la llamase alguna vez si tenía tiempo. Dromoor frunció el ceño y susurró, tan bajo que nadie más pudo oírlo, que le encantaría pero estaba casado, y que su esposa daría a luz a su primer hijo en unos veinte días.

Teena rio. Agradecía que se lo contase.

—John Dromoor. Tú y yo somos amigos.

Se inclinó para besarle la mejilla. Rozó con sus labios esa cara de arcilla. Y eso fue todo. Un pequeño gesto. Le había gustado ese hombre, y creía que ella le había gustado a él, al menos un poco. Pero eso era todo. Solo volverían a estar tan cerca dos años después. Sería en un cobertizo de Rocky Point Park, y ella estaría inconsciente.

SUERTE

Cómo se decide una vida. Cómo termina una vida.

Buena suerte, mala suerte. Solo suerte.

Como cuando tu madre se inclinó sobre tu oído susurrando:

—Bethie, cariño. Hora de irnos.

Faltaban pocos minutos para la medianoche del Cuatro de julio de 1996. A lo lejos, en el río, los fuegos artificiales se habían apagado. Te habías quedado dormida sobre el desvencijado sofá del porche de Casey. Esperabas a tu madre para volver a casa, pero la fiesta no quería terminar.

Las quemaduras del sol te ardían en la cara. Se te cerraban los ojos. Había sido un día largo y agotador, como un interminable viaje en la montaña rusa. Mamá reía. Decía que era hora de llevarte a casa. Que era casi medianoche.

Dijiste que estabas bien. Que no eras una niña. Que no querías ir a casa todavía.

Casey tomó a tu madre por los hombros jugando al lobo feroz:

—Bethie puede dormir arriba. Sobra espacio. Venga, Teena, quédate un poco más.

Mamá se sintió tentada. Se lo estaba pasando bien. Le encantaban esas fiestas improvisadas. Le encantaba Casey. Pero decidió que *no*.

DE TAL PALO TAL ASTILLA

Te llamabas Bethel Maguire pero todos te conocían como Bethie. Tu infancia se acabó a los doce años.

Siempre te has preguntado «... Si mamá no hubiese dicho que *no*».

Habríais pasado la noche en casa de Casey. Las dos. Y lo que ocurrió en el parque no hubiese ocurrido y nadie habría imaginado que podía ocurrir. Y tu infancia habría sobrevivido a esa noche.

Buena suerte, mala suerte. Te fulmina un rayo o no te fulmina.

Te gustaban las fiestas de barrio, esas comilonas de verano que comenzaban en los patios y se iban extendiendo por toda la calle. La música a todo volumen: *rock*, *country*, *bluegrass*. Ray Casey prefería el *bluegrass*, y si querías ser su amiga debías preferirlo tú también. O eso o taparte los oídos, como decía mamá.

Esa noche loca en casa de Casey, todo el mundo bailaba y se divertía. Teena Maguire era una de las mejores: bailaba tan bien que ningún hombre podía seguirle el ritmo:

¡Mira a Teena! ¡Qué tía!

¡Está que se sale!

Muchas veces te decían que habías heredado la melena rubia y el maravilloso cutis de Teena Maguire.

Pero tú sabías que no eras ni serías nunca tan guapa como ella.

Viendo a mamá bailar, coquetear y reírse tan fuerte que se le cerraban los ojos de placer, viendo cómo la miraban los demás te preocupabas a veces. Te preguntabas si ella proyectaba una imagen equivocada de sí misma.

Bebía demasiado en esas fiestas. Y se inflamaba, perdía la cabeza. Como una adolescente, no como una mujer de